

de voces misteriosas que acusan al silencio como delator, el no saber qué dar como sublime don, el no saber do va con su olvido el amor, el saber un himno gigante y extraño contra el que es en vano luchar para domarlo en lenguaje... El huracán de su inspiración—aliento divino—y la alta torre del lenguaje becqueriano tenían que estrellarse o abatirse, y a punto estuvo de ser Bécquer el gran poeta lírico de España. No llegó a serlo, y lo supo. Pero no ensayó quejumbres, sino suspiros, no armó sobre el pavés poemas y cánticos interminables, sino un albor de amanecer trémulo y vago que llega presentado y anhelado en el lenguaje de la adivinación misma.

En la poesía el estilo del decir se asemeja al sentir. Poetas, pues, no llamemos ni por poetas celebremos lenguajes en los que o no se descubre estilo del decir o no se aprecia el sentir o no cabe establecer semejanza alguna. A las veces el estilo del decir contagia al lector y celebramos como poeta insigne a quien es un versificador épico de grandilocuencia y tumultuosidad. Pienso en García Tassara, el «os magna sonaturum», que sedujo a Valera conduciéndole al ridículo de esta frase: «Sólo con Tassara y su libro de versos podemos aspirar al primer puesto en la poesía lírica entre todas las naciones europeas». El uso de vocablos túmbicos y ultratúmbicos, de desolaciones y de apocalipsis no engañan a quien sabe qué es poesía:

Vive, vive en tu tumba, en ella espera:
Dios al mirarte arruga el sobrecejo:
La historia, esa deidad también severa,
Te llama el Tarmelán de un pueblo viejo.

Se podía haber dicho en prosa, en menos palabras aún.

No es, no, la Roma atea
Que entre aras derrocadas

